

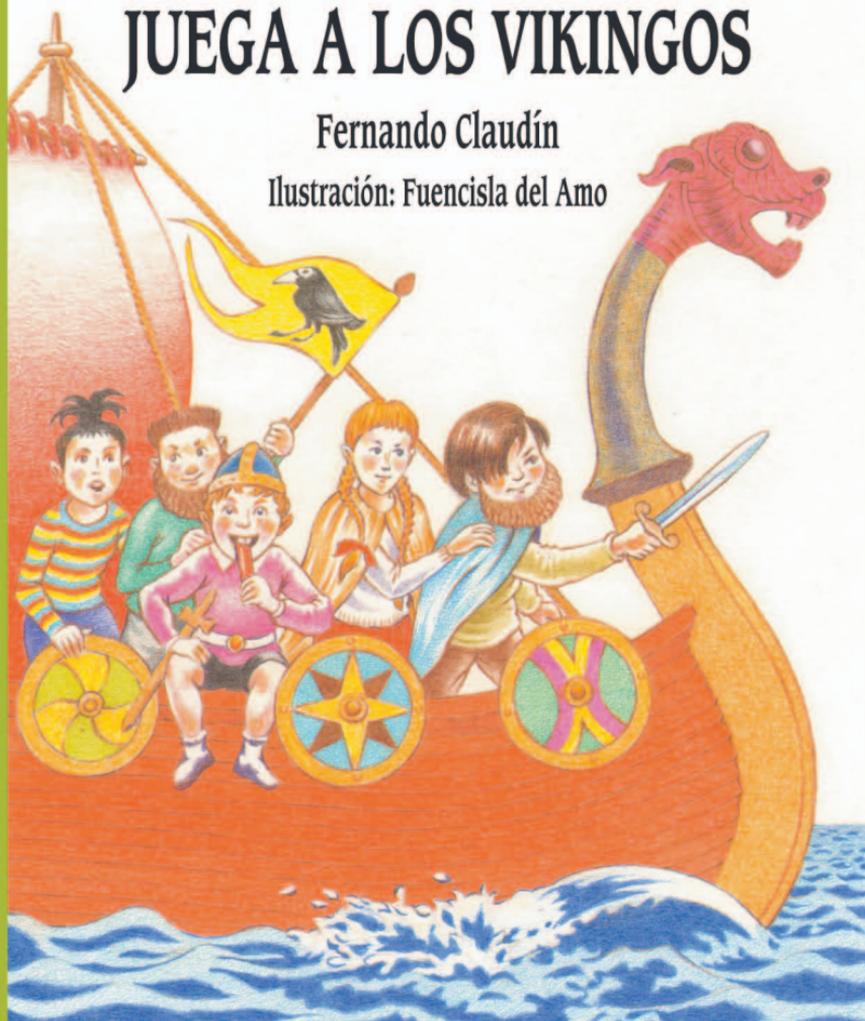


E L D U E N D E V E R D E

LA BANDA DE PEPO JUEGA A LOS VIKINGOS

Fernando Claudín

Ilustración: Fuencisla del Amo



ANAYA

*A mis hijos, Leonardo y Fabio,
que son mis mejores lectores
y les quiero mucho.*

1

EL PRIMER DÍA DE VIKINGOS

COMO no me gusta que los miembros de mi banda se aburran, he decidido que juguemos a los vikingos, aprovechando que tío Enrique me ha regalado un libro muy chulo sobre vikingos.

Ayer terminamos el campamento, en el descampado que hay detrás del colegio.

—Las vacas tienen que dormir con nosotros en las cabañas para que no se queden congeladas, porque en Noruega hace mucho frío por la noche —dijo Jesús, que es un sabelotodo, porque su padre es el director del colegio.

—¡Entonces, también tendríamos que meter en las cabañas a los cerdos y a las ovejas!
—protestó Jorge.

—¡Pues claro! —dijo Jesús, muy serio, ajustándose las gafas—. ¡Si no lo hacéis, os de-

nunciaré a la Sociedad Protectora de Animales!

Entonces, apareció Pedro, que vive al lado de mi casa, es el más alto de todos porque se le han estirado los huesos y juega al baloncesto.

—Me he cansado de tirar del arado para cultivar el huerto —dijo—. ¿Qué tal si nos vamos a cazar ballenas?

—Las ballenas están en alta mar —dijo Jesús.

—Pero Noruega está en alta mar, ¿no? —preguntó Pedro.

—Nosotros vivimos en un fiordo, que es una entrada de mar —dijo Jesús, señalando el borde de nuestro campamento.

—¡Por eso, cuando llegue el invierno y el mar se congele, podremos patinar en el hielo! —aseguró José, que es hermano mellizo de Jorge.

—Yo he cazado tres focas y cinco morsas —dijo Toto, arrastrando varias ramas de pino, porque como es un musculitos, anda siempre presumiendo.

—Tienes que sacarles las tripas y colgarlas para que se sequen —dijo Matías, que es el

último de la clase y siempre saca ceros en las notas.

—¡Eso se hace con el pescado, animal! —dijo Santiago, que sabe de esas cosas porque su padre es capitán de barco.

—¡Tengo un hambre que me muero! ¿Qué hay de comer? —preguntó Carlos, frotándose la barriga.

—Papilla de avena y grasa de foca —contestó Aurora, removiendo con un palo la arena que había metido en una lata.

—¡Puaggg! —dijo Carlos, poniendo cara de asco.

—Pues es lo que comían los vikingos, hijo —dijo Aurora, y le dio un embudo de plástico que había encontrado en el descampado, que está lleno de trastos y es fenomenal para construir un campamento vikingo.

—¿Tengo que comerme la papilla con esto? —dijo Carlos.

—Es un cuerno para beber. Los vikingos no usaban vasos.

—Entonces, ¿me bebo la grasa de foca?
Aurora se rio.

—¡No, bobo! Los vikingos eran muy golosos, y les gustaba beber leche de vaca con miel

—dijo, porque es una empollona y se ha aprendido todas las costumbres de los vikingos.

—Yo he fabricado un peine de asta de reno —dijo Matías, mientras peinaba a Cucho, su gato cardíaco, con un palo al que había enrollado trozos de alambre para formar púas.

Entonces llegó Susana, y yo me puse muy contento.

—He traído lo que me pediste —dijo, sonriendo, y me dio una bolsa llena de pelucas.

Yo me puse a repartir las pelucas.

¡Menos mal que la madre de Susana tiene una colección de pelucas, porque, como es fea de remate, le gusta ponerse un disfraz diferente cada día!

—¿Para qué queremos estas pelucas? —protestó Jorge.

—Para ser vikingos auténticos —dije yo, porque en el libro de tío Enrique pone que los vikingos no se cortaban el pelo ni se afeitaban.

José también protestó, porque, como es hermano mellizo de Jorge, le imita en todo.

—¡Parezco un indio del Amazonas! —dijo, poniéndose su peluca, que era pelirroja y le llegaba a la cintura.



No le hice caso, y saqué de mi cartera del cole las barbas de Papá Noel que había comprado en la tienda de deportes de Conrado, donde han puesto una sección de artículos de Navidad, por la crisis, dice papá.

—¡Poneos estas barbas! —dije, mientras las repartía.

—¿Qué guarrería es esta? —preguntó Jorge, con las manos pringadas de negro, porque no paraba de manosear sus barbas.

—¡Vaya asco! —dijo José.

¡Los mellizos solo saben protestar!

¿Cómo iba a explicarles que había tenido que meter las barbas de Papá Noel en los tinteros de tinta china de mi padre para que no pareciésemos vikingos jubilados?

—Cuando las barbas se sequen, seréis vikingos auténticos —dije, pero Cucho se había puesto muy nervioso al ver a Matías con las manos pintadas de negro, y se puso a morder las barbas de Papá Noel empapadas de tinta china, hasta que de repente se quedó tieso.

—¡Ya le ha dado otro infarto! —dijo Matías, blanco como la harina.

Entonces, examinamos todos a Cucho, como si fuésemos expertos veterinarios.

—Ya no tiene la marca gris con forma de corazón —dijo Santiago.

Lo que pasaba era que su pelaje blanco ahora tenía manchas negras, como la piel de las vacas, que tapaban la marca gris con forma de corazón de los gatos cardíacos, porque Cucho había estado mordiendo como un salvaje las barbas empapadas de tinta china.

Como Cucho no daba señales de vida, Matías se puso a llorar, y tuvimos que abandonar el campamento vikingo para ir al veterinario.

Cucho no tardó en recuperarse del infarto, porque solo había tragado un poco de tinta china, pero en la clínica veterinaria se armó un revuelo cuando nos vieron con las pelucas de la madre de Susana y las barbas de Papá Noel, y no se creían que fuésemos vikingos.

Luego, Carlos y yo nos fuimos a la panadería de Manolo y le pedimos fiadas dos palmeras de chocolate para consolarnos por el fracaso de nuestro primer día como vikingos.

Ahora los miembros de mi banda me dan la espalda. ¡Son unos ingratos! No valoran el esfuerzo de inventarme el juego de los vikingos. ¡Les da igual que haya roto el cerdito para

gastarme los ahorros en las barbas de Papá Noel, y que haya robado la tinta china de papá, lo cual me ha costado quedarme sin salir este fin de semana!

¡Como si soñar fuese gratis!

Por lo menos, Toto se portó como un auténtico vikingo, porque se quedó en el campamento, con la peluca de la madre de Susana y la barba de Papá Noel empapada de tinta china, destripando las tres focas y las cinco morsas que había cazado en alta mar, para que la carne se congelase hasta el invierno.

